

Espantado de todo me refugio en Trump
Orlando Luis Pardo Lazo
EDICIONES HYPERMEDIA, 2018

Foto de portada: Silvia Corbelle Batista, Instagram @blu3b33tl3

A falta de culo, Segunda Enmienda

La foto la publica el *Saint Louis Post-Dispatch*, el periodiquito provincial de Saint Louis. Todas estas ciudades norteamericanas que no pertenecen a ninguna parte tienen un Algo Post-Dispatch o una Post-Gazette Algo. Papeles aburguesados que se vienen publicando religiosamente desde 1776, incluso antes.

Se llama “libertad de expresión”, y en los Estados Unidos constituye un mito que está garantizado por la Primera Enmienda de la Constitución.

La foto del *Saint Louis Post-Dispatch* de la que estoy hablando muestra a un ladrón armado, justo cuando estaba redundantemente robando en una tienda de armas llamada *Southern Armory*.

El tipo es blanco, presumiblemente norteamericano, parado de espaldas con su jean y su enguatadita de clase media baja (toda clase media es baja por definición).

Se trata de un blancón medio calvo, al parecer lo suficientemente alto como para portar un arma automática sin levantar sospechas. Y con una ruleta en el güiro que parece una de esas cositas judías que se ponen en la cabeza para complacer al próximo mesías que aterrice en Jerusalén.

Una *kippah*, me dice enseguida Google.

En la foto del *Saint Louis Post-Dispatch*, el calvo de estilo *kippah* porta por lo menos una ametralladora. Así que queda claro desde la primera plana del periodiquito que el tipo es literalmente de armas tomar.

En cualquier caso, parece un fusil de asalto, aunque para mí todos los fusiles son siempre de asalto. Qué bobería a la hora de clasificar en América los métodos masivos de aniquilar.

El titular no dice mucho en realidad: es sólo un asaltante armado, y es apenas un robo más a otra tienda de armas, el cual tuvo lugar ayer por la zona de Crestwood, hacia el sur.

Nada del otro mundo. Una noticia de lo más natural aquí, en el Planeta Missouri.

Peor es el paisaje lunar que crece como la mala yerba en East Saint Louis. Como peor es el marabú salvaje que carcome a la tierra baldía de North Saint Louis, donde el Fuerte Ferguson continúa en estado de guerra incivil desde la Era Obama.

Negros policías que matan contra vidas negras que importan.

Por cierto, hasta máscaras usaron los muy cabrones del asalto a la armería. Eso afirma el reporte sensacionalista de Jack Suntrup y Kim Bell. Y así, disfrazados de zapatistas, se metieron en la tienda del 9901 en Watson Road, disparando a diestra y diestra revolucionariamente.

Como en una película de Hollywood.

Como en uno de esos *road-movies* del Ché.

La culpa es de la NRA, por supuesto, esa organización terrorista, según la prensa y la academia de izquierda. Pero a nadie se le ocurre mirar hacia Hollywood, por supuesto, con su contagiosa fábrica de matar, de donde sale el ejército de imbéciles que después matan en la calle y en las escuelas, tras haberse echado un coctel de películas de matazón.

Las culpables son las armas: es decir, el capitalismo más comercial. Pero la fábrica de la muerte gráfica es declarada inocente, por los siglos de los siglos y hasta el fin de los mercados.

Por suerte, esta vez nadie mató a nadie en Saint Louis.

Supongo no fueran muy profesionales. O tenían pésima puntería. O eran miopes de cañón, para colmo sin seguro médico. O estaban borrachos antes de beber, como cada vez que se sienta a beber la basura blanca *Made in Mid-West*. O tal vez habían consumido demasiada pornografía gratis en internet, un producto que debilita los dedos y los gatillos.

No por gusto cada cubano presume de saber tirar, y tirar bien.

No por gusto en los Estados Unidos el sexo está perversamente presente por todas partes. Excepto, por supuesto, entre las patas pacatas de la sexualidad, donde todos son timoratos terminales, y están más prestos a denunciarte por acoso sexual que a acostarse y acosarte sexualmente en la vida real.

Son las consecuencias de una sociedad cerrada que se hace la muy abierta mientras navega por internet, pero vive calvinistamente, en una irrealidad colimada entre los miedos masivos de difusión y una anorgasmia de peregrinos pazguatos.

Unos párrafos más tarde, leyendo el pie de imagen, me doy cuenta de que no. En mi lectura mediática ha ocurrido un lamentable error de interpretación, como en cada línea y en cada palabra de *Espantado de todo me refugio en Trump*.

Resulta que el tipo que sale en la foto de Robert Cohen no era uno de los ladrones, sino otro transeúnte armado que pasó por el sitio un rato después. Y la super escopeta que porta en su mano es por pura casualidad. Al parecer, ese modelo de muerte está de moda en Missouri. Por algo se trata de un Estado *open-carry* de armas, donde puedes salir a la calle arrastrando incluso un misil (siempre que sea de carga explosiva convencional).

Ojalá el blanconazo con rifle hubiera sido parte de un segundo robo o algo por el hastío. Pero no. La realidad periodística es muy frustrante cuando hay libertad de prensa. Mucho alboroto alarmista, sí, pero en la práctica nunca pasa nada. Maldita Primera Enmienda de la mediocridad.

En cualquier caso, a estas alturas tampoco voy a cambiar lo que ya escribí. Ladrón y bien, qué carajo. Así se queda caracterizado mi gordo calvo con su *kippah* de pelo. Total, la literatura siempre estará desfasada. Escribir es eso, la fascinación de no poder retractarse de nada. Bendita Primera Enmienda de la belicosidad.

Ladrón y gordo.

Tremenda asociación para los cazadores de violaciones a los derechos de los *disabled*, esa secta de taraditos con baterías y chips en sus prótesis y sillas de ruedas.

Gordo y ladrón, y qué.

Que me demande el sindicato de los minusválidos, que para eso sí que son más que válidos. Que me linchen si no les cuadra mi cortocircuito de grasa y moralidad, de crimen y deformación.

Igual no puedo evitarlo.

En este sentido, yo también soy un *disabled*. Un minusválido de la imaginación que dice únicamente lo único que no se debe decir.

Leer es, o debiera ser, un acto intrínsecamente ilegal.

Se lee para no ver películas de Hollywood, y también para no salir a dispararle a mansalva a tus contemporáneos de la NRA.

Leer es ser un asesino impune, a priori.

Escribir no diré lo que es.

Pero permítanme en este punto compartirles una confesión. Lo desconcertante de la foto del *Saint Louis Post-Dispatch* no es tanto la calva del norteamericano, ni el cañón descomunal de su metralleta. No.

Lo impactante es su carencia total de culo.

Créanme o no, pero la raza norteamericana en sí, tal vez por triunfadores o tal vez por acomodados, ha ido perdiendo el culo en cada etapa de su evolución.

Se desculpieron. Qué le vamos a hacer. El capitalismo salvaje los desculó.

Neoliberalismo sin nalgas.

Tal vez por eso es que necesitan importar inmigrantes. Para reculificarse un poco y no salir tan mal en esas fotos de espalda, de costa a costa de los cincuenta estados desnalgados de la unión.

En la foto de Robert Cohen, por ejemplo, el jean del gordito belicoso le flota de la cintura para abajo, casi saliéndose de la primera plana del *Saint Louis Post-Dispatch*.

Continuidad coherente entre nuca y culo. Entre mente y mojón.

Estadísticamente, tampoco me era tan necesario haber mencionado que se trataba de un bayoya. De hecho, es una reiteración obscena de tan obvia. Porque basta con haber dicho “norteamericano” para saber que se trataba de un peso pesado.

Esteatopigias Unidas de América.

Lípidos saturados al por mayor.

Como corresponde a un buen ciudadano del Tercer Mundo (y Estados Unidos en muchas ciudades lo es: Decimotercer Mundo), además de bastante cochinanga en la parte de las sentaderas ausentes, el jean del tipo en la foto daba la impresión de incluir por dentro un culo invaginado. Es decir, un culo metido hacia dentro, en lugar de una masa mínimamente voluminosa.

Sé que es difícil explicarme. No domino del todo el arte protocolar. Pero lo intentaré otra vez, sólo por ustedes. Y con más cadencia ocular.

A ver:

No es sólo que al gordo armado hasta los dientes le faltara el culo, sino que le faltaba dos veces el culo.

En el espacio en que debería ubicarse su culo humano (digamos, su culo con pelos y granos, pero saludable, con vacunas multivalentes y sonrosado de carbohidratos), justo en ese nicho nalgal la foto del post-periódico muestra una discontinuidad del espacio: un vaciamiento que, más que adiposo, debe ser por lo menos existencial.

Un hueco en blanco sobre el papel, de donde ni la luz ni las balas se escapan. Una errata, otra mala representación.

Un estado de anti-culidad que repercute en todo el desastre que se vive hoy en este gran país, desde las escuelas masacradas hasta la macroeconomía *Made in Wall Street*.

Sin culo no hay capitalismo, ni democracia.

Y ha de haber alguna explicación al respecto. Yo la ignoro por el momento, pero igual tengo mi teoría, no se crean.

Y mi hipótesis es que el norteamericano promedio va perdiendo su culo porque se pasa la puta vida sentado.

De culo frente al televisor en casa. De culo frente al timón del carro, de la casa al trabajo. De culo frente a la computadora en el trabajo. De culo frente al timón del carro, del trabajo a la casa. Y de culo frente al televisor, ya de vuelta en casa otra vez. Y así y así *ad infinitum*, entre uno y otro ciclo de desculificación.

La foto de Robert Cohen sería sólo otro síntoma de una condición terminal. Un manifiesto etnográfico. El testamento del órgano de la cagazón.

No me hagan caso a mí.

Mejor, escríbanle al autor de la foto por ustedes mismos. Pregúntenle si él como artista del lente también ha notado esto, o si no se ha dado cuenta de esta tendencia cada vez que retrata a algún norteamericano de espaldas.

No tengan miedo, cubanos. No sean guajiros, que de todas formas van a seguir siendo guajiros exiliados.

No es ningún delito reproducir aquí el contacto del fotógrafo. Al contrario, es información pública que el martes 28 de noviembre de 2017 apareció en la primera plana del *Saint Louis Post-Dispatch*: rcohen@post-dispatch.com

Escríbanle una carta mejor, a la vieja usanza, y mándensela a la dirección del periódico. Es más, háganle una copia a la armería

asaltada en Crestwood, y cuéntenle de este capítulo escrito por mí. Por favor, por favorcito.

Denme crédito, cubanos. Necesito visibilidad en América.

Cuando uno no tiene culo, por supuesto, sólo la violencia puede llenar, hasta cierto punto, semejante carencia crónica.

Pero, coño, cuando uno no tiene culo dos veces, entonces sólo la muerte nos puede emancipar de nuestra biología doblemente fallida, por partida doble a-anal.

Parece que me estoy burlando.

No parece: me estoy burlando. Pero esto es una cosa muy seria.

Se trata de una reacción que en mí emana del pánico y de la piedad. Hipocondría automática, como los rifles de asalto.

Se trata de mi miedo a amanecer un día sin Cuba, como de costumbre, pero de pronto sin culo también.

Recuerden que ya llevo cinco años de exilio, un quinquenio acúlico rodeado de norteamericanos sin ancas. Recuerden que yo también me paso la mayor parte del tiempo sentado, mientras voy sintiendo cómo las reservas jugosas de mi culo cubano se van agotando.

Con el fin del castrismo y el relevo de los Castros, mi ano envejece al tiempo que desaparece de manera hezpontánea.

Ah, mi super culo desnudo que una vez fuera publicitado en las páginas más peligrosas de la internet.

Y allí está todavía, por cierto, incólume. En píxeles perfectos. Y ahora, para colmo, en portada.

Porque no fue un Photoshop de la Seguridad del Estado: tampoco me ofendan así. Se trataba de mi culo-culo, de un espacio verdadero y vital. Colinas como elefantes blancos, pulcras como palmas ah las palmas deliciosas. Mi carne empinada al aire libre de aquella Cuba presa, opresiva, de finales de los años cero o dos mil.

Me retraté bocabajo. Sin pensarlo dos veces.

Me retrataron así, culoarriba.

En el 2008 o 2009, por ahí.

Y es la foto que más amo de Orlando Luis Pardo Lazo.

La curva de la columna vertebral. Mis nalgas como conejitos mitad cobardes y mitad con alarde. Conejillos de Indias occidentales. Mi pelo de hojaldre, que está, compañeros, para comérselo. Y la luz que barniza mi piel y me hace parecer un muchacho de nácar.

Ah, que yo escupa justo cuando ya los cubanos habíamos alcanzado nuestra indefinición mejor.

Mi rostro, sin la menor marca de la mediocridad propia de todo materialismo científico. Y con una expresión para la posteridad de: “ustedes, los cubanos, con sus miradas miserables a ras del marxismo sin marxistas de Cuba, no me han podido ni me podrán nunca tocar”.

Y es que yo he visto cosas que ustedes, los cubanos, jamás podrían ni imaginar.

La foto me la hizo Silvia, por supuesto. Silvísima.

Aún no les he hablado de ella. La he mantenido en suculento secreto hasta estas alturas de la primera presidencia de Donald J. Trump. Pero ahora por fin la pongo en portada. Con su camarita Samsung de 3.2 magros megapíxeles.

Silvia de los bosques de pinos muertos de Lawtonomar.

Porque no sé si saben que en Cuba hay una guerra sangrienta contra los pinos. Es un odio a muerte contra todo lo que huelga a clorofila salida del mundo libre occidental.

Por eso en el barrio de Silvia y en el mío nuestros brutos vecinos sin biografía cada día cortaban dos o tres pinos. Hasta devastar la ciudad, hasta erosionarla.

Abajo y de un solo tajo. Como si fueran cañas de azúcar, la amarga gramínea. A tres trozos.

Los cortaban sin sierras, por supuesto, ni serruchos. Porque ni eso tenían los muy proletarios. Los cortaban con tijeras, con cuchillos, con cortaúñas.

Si hubieran tenido dientes, hasta con los dientes los hubieran deforestado. Pero la mala calidad de las prótesis dentales en los policlínicos populares se los impedía.

Eran muy capaces de cualquier cosa, los muy caníbales, con tal de no verlos siempre tan erectos y tan arrogantes, tan pinos siempre vivos, tan brillando con ese verde veraz que nunca iba a ser verde oliva, ni verde agricultura, sino un verde liquen soñado, por ejemplo, en Islandia.

Y sé muy bien de que hablo: estuve en Islandia y viré al mundo civilizado, por imbécil.

Retorné a los Estados Unidos en 2016 por culpa de un incurable Complejo de Contrarrevolucionario que aún cree que algún día va a presidir la transición cubana hacia la democracia.

El primer presidente cubano post-Payá.

Por cierto, Silvia, para escarnio de nuestros vecinos en Lawtonomar, era dentista. Es dentista.

Y como tal me salvó la vida a mediados de 2007. No sólo por mis dientes en decadencia, que ella resucitó, sino que Silvia me salvó del odioso talador de pinos que el castrismo había sembrado en mi corazón.

El odioso talador de pinos que yo le permití (casi que le imploré) al castrismo que lo sembrara en los surcos más suaves de mi corazón.

Silvia, cubanos del futuro, era el amor. Nadie lo olvide.

Que es lo que le falta de una costa a otra a los culos decrepitos de los Estados Unidos de América. Les falta Silvia.

Como me falta a mí.

De todas formas, igual voy a comprarme una metralleta. Son baratas y nunca he tenido una.

Y no me pongan ahora esas caritas de mierda otra vez. No repitan especularmente conmigo esas caretas de cubanos.

Metralleta y bien.

Porque nunca se sabe, con el comunismo en descomposición en Cuba, cuándo los cubanos del futuro las vamos a necesitar.

Almas autómatas, automáticas.

Mejor NRA que INRA. Mejor balas que boletas. A falta de amor, armas.

Y nadie pregunte ahora: “armas, ¿para qué?”

Tú sabes muy bien que no son para matar a nadie. O casi.

Tú sabes de sobra que son para uso estrictamente personal, no masivo. Digamos, a la Allende.

Es un derecho protegido en algún escalón entre la Primera y la Segunda Enmienda. Digamos, la Enmienda Una y Media.

Armas, porque son más baratas que las pastillas.

Armas, porque la acción es siempre más bella que el metabolismo.

El pueblo armado es como único ha sido vencido.